

Teatrerías

La comedia de situaciones y enredos tiene, en el grupo *Hamlet* y en *Lemus Simún Producciones*, dos representantes del quehacer escénico nacional. Sabedoras ambas compañías de qué teatro hacer, para quién hacerlo y para qué hacerlo, han sido consecuentes al lanzarse a la producción de obras ligeras, para un público urbano de sectores medios, con el propósito de hacerlo reír, por un momento, entre las vicisitudes de la cotidiana problemática nacional.

Los planteamientos de ambos grupos y su operativización en trabajos concretos, motivan reacciones encontradas en el ámbito teatral del municipio sansalvadoreño: para unos, se trata de un arte descarnado de la realidad, evasivo, en tanto no guarda ninguna relación con las desgarrantes condiciones objetivas de la vida nacional; para otros, se trata de un arte encarnado en la más profunda y radical necesidad del hombre salvadoreño: sustraerse, aunque sea durante un lapso, a las dificultades del diario vivir y refugiarse en los dominios de la risa y la sonrisa, refugio que, en última instancia, es un modo también de vivir lo trágico.

La polémica va resultando inoficiosa por cuanto, se discuta más o se discuta menos,

ambos grupos harán lo suyo, apoyados en sus respectivos planteamientos; pero más inoficiosa aún va resultando por un enfoque incorrecto del problema: no se trata de dicotomizar entre teatro reflexivo y teatro de "divertimiento," como si ambos fuesen excluyentes; no se trata de escindir entre evasión o enfrentamiento de la realidad, como si ambos fuesen mecanismos irreconciliables en la vida concreta de la salvadoreñidad. Se trata de evaluar la calidad de tal "divertimiento" y de tal evasión. En otras palabras, no es cuestión de dolerse porque el público tenga un momento de evasión. Es cuestión de dolerse si tal evasión no tiene la calidad apetecida y merecida por el público. Es cuestión, entonces, de aplicar criterios teatrales, más allá de la tradicional valoración de una pieza por su adherencia o distancia respecto de una determinada línea ideológica, o respecto de un estilo al que se le asigna valor pontifical; más allá de la valoración cuyo único punto de referencia sean las utilidades económicas obtenidas por la compañía productora.

Lemus Simún Producciones acaba de hacer temporada con la comedia *Donde hay celos hay desvelos*, del español Alvaro Portes. Se trata de una comedia ligera, con situaciones y

enredos domiciliarios en torno a esta carcoma del siquismo humano: los celos. En el fondo de la pieza subyace una caricaturización del tratamiento trágico y solemne de aquella pasión humana, a lo Shakespeare, y una caricaturización también a la construcción de novelas policiales, a lo Agatha Christie. Los celos como pasión y la novela policial como ficción son, en última instancia, deformaciones de la verdad: tal parece ser la primera tesis de la obra. El acceso a la pasión y el acceso a la ficción pueden hacerse también desde el ángulo de la risa, parece ser la segunda y última.

Si en anteriores montajes *Lemus Simún Producciones* había afrontado ostensibles limitantes en la puesta en escena, en la actual producción de la compañía ha logrado un avance en tres aspectos fundamentales de la teatralidad: el "dibujo escénico," el ritmo y la actuación.

El "dibujo escénico" —líneas madres para el desplazamiento de los actores en escena— está, en esta ocasión, mesurado, bien delineado, orgánico y correspondiente con las situaciones de la obra. Los actores no se pasean, como leones desesperados, de un extremo a otro del escenario; no forman filas ni columnas desprovistas de intención y significado; tampoco se agolpan en nudos amorfos —condición que ocurre cuando no se sabe hacia dónde ir—, ni se balancean sobre sus estructuras humanas —condición que ocurre cuando no se sabe qué hacer. No. Esta vez el "dibujo" ha sido bien pensado y no suelta a los actores en el vacío de la improvisación kinética.

El "ritmo" —alternabilidad de *tempos* en las acciones internas y externas— también experimentó una sensible mejoría en esta producción. Si bien la obra se montó bajo un predominante *stacatto*, hubo ya intuición de la necesidad de introducir en su interior *tempos* diferentes, a fin de no fatigar al espectador con el vértigo excesivo o con la morosidad exagerada. Nuevas producciones darán a la compañía la oportunidad de continuar su crecimiento en

esta área tan importante del trabajo escénico.

En la actuación, si bien el elenco tuvo un equilibrio respecto de su estilo de trabajo actoral, Daniel Rucks —a quien una equivocada publicidad había estado estereotipando con la imagen del *gigolo* —logró esta vez una importante construcción de personaje. Rucks es fuente de discordia en los círculos actorales del municipio: excelente para unos, pésimo para otros. Con su trabajo en *Donde hay celos... hay desvelos*, el actor uruguayo-salvadorense ha puesto una buena premisa para demostrar cuánto se puede hacer en el escenario, cuando se ponen en el perchero los estereotipos de la publicidad y cuando se enfrenta a un personaje con voluntad de hacerlo vivir sobre la escena.

Ligera, liviana, *Donde hay celos... hay desvelos* representa entonces otra puesta en práctica de los postulados teatrales de su productor y director. Representa, también, el logro de nuevos resultados en el trabajo escénico de la compañía, logros que paulatinamente la van llevando hacia una depuración de su línea y de su estilo. No reconocerlo sería una necedad imperdonable.

Adscrita al Festival de Arte FUNTER, se estrenó la pieza de Salazar Bondy *El fabricante de deudas*, interpretada por una nueva compañía teatral, *Dos lunas*, bajo la dirección de Mario Segura.

Se trata de una comedia satírica en torno al estilo de vida de los sectores medios, esos *sectores sandwich* que, con un origen social modesto, aspiran a modos de vida correspondientes a los sectores altos y, desde tal aspiración, viven en un eterno círculo de endeudamiento-consumo.

Divertida y reflexiva a la vez, *El fabricante de deudas* viene a mostrar cómo el divertimento y la reflexión pueden fundirse en la experiencia teatral, más allá de una relación muchas veces planteada como irreconciliable.

Y es que, independientemente de sus valores propiamente escénicos, una pieza teatral adquiere mayor categoría estética cuando logra divertir y humanizar al mismo tiempo a su receptor.

La puesta de *El fabricante de deudas* es el primer trabajo de dirección de Mario Segura. Si se toma en cuenta que en el medio municipal salvadoreño los directores teatrales no cuentan con formación sistemática y se van formando guiados por sus vocaciones e intuiciones, debe decirse, con toda justicia, que Segura está empezando con buen tino. Su trabajo es modesto, pero se ve, detrás de él, esfuerzo y trabajo creador. Dirigir no es un trabajo fácil. Implica dar vida a un texto; poner carne, tiempo y espacio a una "sopa de letras." Resolver esta implicación demanda una actividad imaginativa de diversas formas y naturaleza. Segura, en el trabajo ofrecido al público, deja claro que tiene una larvada potencialidad direccional cuyo desarrollo será el resultado de nuevas experiencias y de constantes estudios. Si con un elenco similar al actual logra, más adelante, tomar completamente por el mango el "dibujo escénico," el ritmo, y logra, además, limpiar ciertos "esquemas" actorales, los resultados serán cada vez mejores. Tiene en el elenco a César Herbert Escalante, actor dúctil y disciplinado; tiene también a Luis Cubas cuyo trabajo esta vez, aunque pequeño, dejó ver hasta dónde lleva el entusiasmo y el amor por "las tablas" cuando se sube a ellas con intención de dar lo mejor y de hacer lo mejor.

La compañía teatral *Sol del río*, con 15 años ya de trabajo continuo, ofreció su estreno *Las rositas de Lorca*. Se trata de un montaje hecho a partir de diversos textos del poeta granadino: *El maleficio de la mariposa*, *El retabillito de don Cristóbal*, *La zapatera prodigiosa*, *doña Rosita la soltera*, *Yerma*.

En circunstancias publicitarias diferentes de las producciones de *Lemus Simún* y de la compañía *Dos Lunas*, que lograron importantes flujos de espectadores, el trabajo de *Sol de*

río —teatro poético— no logró reunir más de una docena de personas por función durante una cortísima temporada en el auditorium de CAESS, lugar de batalla también para las dos compañías arriba comentadas. Y fue una lástima. Se trata de un experimento teatral, poco acostumbrado en el medio, que valía la pena verlo: la fusión de títeres, muñecos, máscaras y actores para construir un espectáculo con amplia sugerencia poética en torno al erotismo, la soledad y la muerte, temas esencialmente lorquianos.

La interpretación de personajes femeninos por actores, fue resuelta con bastante mesura y en ningún momento bordeó el estereotipo o la ridiculez. Probablemente hubo falta de densidad emocional, sobre todo en *Doña Rosita* y en *Yerma*, pero ella es adscribible, por una parte, a la naturaleza misma del experimento —ni Saúl Amaya, ni los demás actores, son Nuria Expert—; por otra parte, a la honda femineidad trágica propia de algunas mujeres de la obra lorquiana, femineidad, hondura y tragedia difíciles de interpretar para un hombre. Finalmente es ascribible, también, a que el montaje no ha tenido, y probablemente no tendrá, el número de funciones continuas necesarias como para lograr la madurez y la hondura a que lleva la reiteración creativa.

Es lamentable que los medios publicitarios no hagan eco de trabajos como *Las Rositas de Lorca* y el público se vea privado de alternativas teatrales como ésta ofrecida por el director Fernando Umaña. Es lamentable, también, la ausencia de salas donde los teatristas puedan mantener sus producciones durante largas temporadas que les permitan madurar sus trabajos, dar su servicio estético y obtener los beneficios materiales inherentes a su oficio de trabajadores de la cultura.

Con 154 grupos participantes de todo el país, se realizó entre los meses de agosto, septiembre y octubre, el *Festival juvenil de teatro "Edmundo Barbero"*. Fue un homenaje póstumo al exilado español que tanto hizo por



INVITA A LA
GRAN FINAL
DEL
FESTIVAL
JUVENIL
DE TEATRO

“Edmundo Barbero”

23 de Sept. al 2 de Oct. 1988

Lugar: TEATRO NACIONAL

ENTRADA GRATIS

el teatro salvadoreño; fue también una muestra del gusto por el teatro y del talento teatral existentes en El Salvador.

El dictamen del jurado —compuesto por Mario Peña, director norteamericano residente en El Salvador como invitado del Servicio Cultural e Informativo de la embajada americana; Mario Tenorio, director del elenco de la Universidad de El Salvador; Danilo Avalos, direc-

tor adherente a diversos grupos privados; y Julio César Schara, agregado cultural de la embajada de México— dio como ganadoras las obras: *El rompimiento de una antigua amistad por un amor moderno*, del salvadoreño Aquiles Flores, dirigida por Ana Mercedes Vaquerano para el grupo teatral de la Casa de la Cultura de Pasaquina, departamento de la Unión; *El ensayo de vivir*, de José de Jesús

Martínez, panameño, escrita y dirigida por Edgar Gustave con el Colegio Champagnat, de Santa Tecla, departamento de La Libertad; y *Génesis amerindio*, creación colectiva presentada por el grupo *Tecol Yuluth*, de la Casa de la Cultura de Zacatecoluca, departamento de La Paz.

Edgar Gustave, además, compartió con Miriam de Iglesias el premio a la mejor dirección. Javier Aguilar, uno de los actores intérpretes de *El ensayo de vivir*, obtuvo mención honorífica por su trabajo en la pieza ganadora.

El rompimiento de una antigua amistad por un amor moderno, es una obra costumbrista que expresa los modos de sentir, de pensar y de vivir en los pueblos del interior de la república. *El ensayo de vivir*, es un teatro más intelectualista cuya temática es de orden existencial. *Genésis amerindio*, por su parte, resultó ser una interpretación teatral de los principios originales de nuestras antiguas culturas.

Mención aparte merece el trabajo *Dolor y sufrimiento del pueblo salvadoreño ante el conflicto actual*, presentado por el Destacamento Militar N° 6 de Sonsonate. Se trata de una exposición teatral sobre la otra cara, sobre la otra verdad del conflicto salvadoreño del cual, habitualmente, trabajadores de la cultura plantean una sola faceta: aquella

relacionada con las acciones y la utopía revolucionaria. Por su trabajo actoral en *Dolor y sufrimiento del pueblo salvadoreño ante el conflicto actual*, José Antonio Hernández obtuvo el premio como mejor actor.

El premio a la *mejor actriz* correspondió a Roxana Sibrián del Instituto Nacional de Apopa, por su trabajo en *La María no trabaja*.

Como estímulos a la creación de textos que constituyen un aporte a la dramaturgia nacional, el jurado señaló a Jorge Ismael García Corleto, santaneco, por su obra *El condenado*; Luis Alonso Mejía, de Sonsonate, por *¿De quién es la culpa?*; y al grupo teatral de la Casa de la Cultura de Zacatecoluca por su libreto colectivo *Genésis amerindio*.

Para terminar *estas Teatrerías* debe decirse, con serenidad y justicia, que el teatro salvadoreño, en conjunto, no es el teatro chileno, ni el argentino, ni siquiera el costarricense. Su talante es modesto y menor; pero tiene una virtud innegable: se está haciendo de cara a la muerte, al odio, al terror, a la infamia, a la descomposición social y moral absolutas, condiciones donde yace postrado el país al que los trabajadores de la cultura buscan humanizar con una labor a todas luces heroicas.

F. A. E.